



LOS ELEMENTOS DESPISTEMOLÓGICOS EN EL QUIJOTE

*José Andrés Quintero Restrepo**

RESUMEN

En este ensayo se realiza una reflexión del poder narrativo de El Quijote como obra que tiende a romper con los parámetros epistemológicos concebidos desde la razón y la cordura.

PALABRAS CLAVES

Quijote, Cervantes, locura, epistemología, libros.

ABSTRACT

This is a reflection on the narrative force in Don Quixote as a work that tends to break away from epistemological parameters originating in reason and sanity.

KEYWORDS

Quixote, Cervantes, madness, Epistemology, books.

* Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente interno de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la UPB. Actualmente adelanta el Doctorado de Filosofía en la misma universidad.

Dirección electrónica: jose.quintero@upb.edu.co

Artículo recibido el día 27 de febrero de 2007 y aprobado por el Comité Editorial, el día 27 de abril de 2007.

Está claro, desde una mirada externa de *El Quijote*, que su autor es Miguel de Cervantes Saavedra. También conocido bajo el pseudónimo de *El Manco de Lepanto*, hombre medio calvo o frentón que en la ilustración de Juan de Jáuregui aparece en un fondo negro, con la barba grisácea y el cabello rojizo. Se trata, pues, de una imagen que tradicionalmente sirve como punto de referencia para recordar al genio de Alcalá de Henares que escribió *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, “obra insigne y ejemplar de la Literatura de todos nuestros tiempos” –tal como suelen decir los sabios y gramáticos que fomentan tan amablemente su lectura–. Pero, dentro de la misma obra, Cervantes no es propiamente el creador de esta *nouvella*. Más bien es un recopilador, un historiador o “coronista desta peregrina historia” que trata sobre un viejo cincuentón que “del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio [y] a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama”¹. Dicho de otro modo,

¹ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: RBA, 1994. p. 101-102.

se adjudicó a sí mismo un oficio anacrónico, algo que desentonaba completamente con la imagen del mundo a finales del siglo XVI y principios del XVII.

A partir de estos elementos, se puede tener una idea sobre los motivos que hicieron posible el surgimiento de un caballero andante llamado Don Quijote de la Mancha. En ningún momento esta *nouwella* va a decir que todo es producto de la loca imaginación de Cervantes. Por el contrario, él está al margen de la locura de Don Quijote. Si mucho, su actuación dentro de esta historia, es la de un aficionado recopilador o “rata papiróvora”² que se dedica a la lectura de los manuscritos (originalmente en árabe) de un tal Cide Hamete Benengeli, sabio e historiador morisco experto en la historia de Don Quijote de la Mancha. Así que hay una pregunta pendiente al respecto: ¿Quién es el autor del *Quijote* dentro de la trama que lee, traduce y recopila Cervantes?

Al principio los puntos de incertidumbre se hacen notar al respecto. En primer lugar, la voz del coronista Cervantes de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* comienza la historia de la siguiente manera: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”³ y entonces aquí es donde el lector se sorprende: ¿Cómo que no quiere acordarse? En definitiva, se trata de una forma muy particular de comenzar un libro con una alta dosis de incertidumbre. Es obvio que este coronista no va a decir con claridad y exactitud el lugar de donde proviene el Caballero de la Triste Figura. ¿La razón? Dice que no quiere acordarse. Sin embargo, respecto a estos términos, vale la pena aclarar que cuando el narrador-Cervantes dice “no quiero acordarme” no está pretendiendo establecer que no le da la gana de refrescar su memoria. Es decir, no depende de un capricho personal, sino de la voluntad de su mente peregrina. Es, a fin de cuentas, la memoria

² KAZANTZAKIS, Niko. *Alexis Zorba El Griego*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen, 1997. p. 12.

³ CERVANTES SAAVEDRA. Op. Cit. p. 97.

de Cervantes la que no quiere acordarse porque se ha puesto en práctica la capacidad de olvido a su máxima potencia: conservar la mente obnubilada y el tiempo pasado perdido en una esfera imperfecta que lo tergiversa todo y lo convierte en ilusión. Así, pues, queda comprobado que el *homo sapiens* supera en una escala evolutiva a la vaca por su extraordinaria capacidad de olvido y por su habitual costumbre de caminar con la espalda adolorida.

Por otra parte, La Mancha, además de ser un punto geográfico ubicado en la Península Ibérica, también es un lugar asentado en un verso del *Romancero General* (de autor anónimo) que viaja en la *nouvella* de Cide Hamete Benengeli. Se trata de la *Ensaladilla*, poema en octosílabos que comienza así:

Un lencero portugués
recién venido a Castilla,
más valiente que Roldán
y más galán que Macías,
en un lugar de La Mancha,
que no le saldrá en su vida,
se enamoró muy despacio
de una bella casadilla...⁴.

Así que La Mancha también es producto de una línea pegajosa, lo cual hace más laberíntico el punto exacto de donde surge la historia de Don Quijote. Su lugar de origen es evanescente. Cualquier rincón de La Mancha queda perfecto, aunque no es tan significativo como decir Atenas, Troya, Roma o Constantinopla. Se trata de una región en donde no hay nada predestinado. Simplemente es un peladero lleno de gente acalorada, cabras balando y molinos de viento con las aspas rígidas. No es *El Reino del Nunca Jamás*; mucho menos un paraíso perdido o una isla sumergida por

⁴ ANÓNIMO. Ensaladilla. Tomado de una nota de RIQUER, Martín de. CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Op. Cit. p. 98.

la ira de los dioses. Don Quijote es concebido en un espacio ordinario. De hecho, su nombre original está cargado de suposiciones o teorías nada ilustrativas: Quijada o Quesada; “aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad”⁵. No obstante, lo problemáticamente filosófico en esta frase es: ¿en qué consisten las “conjeturas verosímiles”? Es apenas obvio que Cervantes está dedicado a la *despistemología aplicada*: confundir al lector con toda una serie de artilugios filosóficos que no llevan a ninguna parte. Sus textos podrían hablar sobre la inexistencia de la *noesis*, decir que el *noemo* se encuentra en todas partes como deducción *apriorística* y concluir que el *percipi* es causa y efecto de la *fenomenología tácita*. Términos que, a la larga, contienen una alta dosis de enfermedades filosóficas (comenzando por la incompreensión) y que muchas veces se caracterizan por ser un rompecabezas de conceptos regados en un sistema epistemológico. De esta forma, bajo el trasfondo de las “conjeturas verosímiles”, queda en manos del lector imaginarse la polémica infociosa en la que estarían encarnizados “los autores que deste caso escriben” en torno al “sobrenombre”⁶ verdadero de Don Quijote de la Mancha. Para Cervantes, y para Cide Hamete Benengeli, poco importa el nombre de nacimiento del Ingenioso Hidalgo. Lo realmente interesante es la historia que se desprende después, la cual es narrada bajo un riguroso criterio de verdad (otro elemento *despistemológico*).

En un primer momento habría que ver las condiciones de posibilidad: ¿Qué motivó la aparición de Don Quijote dentro de la obra de Cervantes? Entre los elementos que se podrían enumerar valdría la pena considerar, por ejemplo, el espacio, lo que, en términos de Baudelaire, se denominaría el “*spleen*” de La Mancha. A pesar de ser una *nouvella* tradicionalmente inscrita en la cultura de la risa, *El Quijote* se inicia con la descripción de un hombre

⁵ Ibid., p. 100.

⁶ Ibid. in sit.

físicamente desgastado por la inopia. Es flaco, se diría que su cuerpo corresponde con la delgada línea de la letra vertical. Se trata de “un hidalgo de los de lanza de astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”⁷, es decir, un hombre de origen noble que ha dejado todo el cúmulo de su genealogía en un rincón de la casa. Sus hábitos alimenticios consisten en lo siguiente: “Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón* las más noches, duelos y quebrantos** los sábados, lantejas los viernes, algún palomino*** de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda”⁸. En síntesis, un ambiente de completa desolación. En cuanto a la constitución física de Don Quijote, el coronista Cervantes cuenta, en su lectura del texto de Cide Hamete Benengeli, que “era de complexión recia, seco de carnes [y] enjuto de rostro”⁹. La imagen de un hombre melancólico, dedicado -con mucho empeño- a labores propiamente intelectuales: la lectura desmedida, especialmente de libros de caballería:

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que está ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos...¹⁰.

⁷ Ibid., p. 97-98.

* Es decir, carne picada con sal que se comía como fiambre.

** Una mezcla de cabezas, sesos, patas de gallina, picos de pollo y menudencias de lo que en algún momento gozó de una breve vida en una granja.

*** Y no en un sentido coloquial, es decir, manchas de excremento en la ropa de interior.

⁸ Ibid., p. 98.

⁹ Ibid., p. 99.

¹⁰ Ibid., p. 100.

Se podría decir que él está a punto de sufrir la enfermedad del místico, una especie de deformidad física como consecuencia de un desequilibrio espiritual y que es producto de un temperamento retraído y totalmente sumergido en la lectura. Pero no. El supuesto Quejana no llega tan lejos. Total, ni que estuviera leyendo *El Ser y la Nada* de Jean Paul Sartre o *La Tentación de Existir* de Emil Ciorán... o lo que es aún más peligroso: *Juventud en Éxtasis* de Carlos Cuauhtémoc Sánchez. La radical transformación de Quijada tiene otro tipo de consecuencia. Por ejemplo: la formación de una mente más laberíntica. Se podría decir, en términos de derechos de autor, que Feliciano de Silva (uno de los autores de los libros de caballería que Quejana leía) dio uno de los aportes más grandes a la locura de Don Quijote. Como dice Cervantes, “la claridad de su prosa y aquellas enricadas razones suyas [que] parecían de perlas” lograron hacer que “el pobre caballero” perdiera el juicio. Bastará con citar uno de estos claros y, a su vez, enredados razonamientos de Feliciano de Silva: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera que mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra fermosura”¹¹.

En todo caso, comprender y hallar el sentido de semejante disertación filosófica pone las cosas al revés. Una “razón de la sinrazón”, un sentido coherente y justificable de la locura como producto “de vuestra fermosura”, es algo que puede plantearse perfectamente bajo una mirada trasgresora. Feliciano de Silva descubre que la *despistemología* puede conservar sus mayores fundamentos en el lenguaje intrincado. Reiterar el término “razón” como sustantivo, como equivalente de entendimiento o como fundamento que establece una causalidad de las cosas, puede crear la perfecta ilusión de un discurso profundo. Y Quesada cae en la trampa. Como fenómeno de metaliteratura, en *El Quijote* no sólo hay historias dentro de esta historia, libros dentro de este libro, sino lectores que manifiestan diferentes niveles de rigor en términos de lectura. En primer lugar, hay un lector externo, alguien que está leyendo un texto que está en manos de Cervantes. Este

¹¹ Ibid. in sit.

lector externo puede ser un “Desocupado lector”¹². Se trata, pues, de un lector que cuenta con una enorme ventaja: no tiene que traducir ni recopilar los fragmentos y testimonios dispersos sobre *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Después de todo, parte de este trabajo sucio ya fue realizado por Cervantes. Él se encargó de la labor selectiva de dejar a un lado las polémicas inoficiosas de los historiadores que trataban de establecer el nombre verdadero de Don Quijote. Por otra parte, Cide Hamete Benengeli realizó el trabajo de composición escrita, producto de sus indagaciones. Pero, al hablarse de Quesada, se está haciendo referencia a un lector más riguroso. En ningún momento se encuentra haciendo una *exégesis*, es decir, una interpretación que se sale de los libros de caballería. En términos de Umberto Eco, Quijada ejerce una rigurosa *eiségesis*, permanece en los textos y no se sale de ellos.

Luego de su trascendental decisión de ser caballero andante, Quesada inicia un proceso que no contradice, ni en la más pequeña línea, los elementos claves para dedicarse al mundo de las armas. Así “lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón”¹³. Elabora una celada de encaje e inmediatamente piensa en un caballo: su rocín que es tan parecido a él: flaco, abandonado, producto también de una atmósfera melancólica. Y de inmediato Quijada piensa en ponerle un nombre, algo que sea legendario: “Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque –según se decía él a sí mismo– no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido [...]; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tomó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo [...]”¹⁴.

¹² Ibid., p. 77.

¹³ Ibid., p. 103.

¹⁴ Ibid., p. 104.

Otro requisito es el nombre del caballero andante:

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar Don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieran decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse Don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della¹⁵.

Dentro de la organización de este escenario del mundo de la caballería, *Quesada*, a pesar de su seriedad, se encuentra involucrado en una parodia. De forma arbitraria, se atribuye a sí mismo el título honorífico de *Don Quijote*. Más adelante, introduce el nombre de su patria, un lugar nada trascendental, sin grandes complementos arquitectónicos ni aires mitológicos. De esta forma, el nombre de Don Quijote de la Mancha, si fuera enmarcado en el siglo XX o XXI, equivaldría a decir don Jaime Zapata de Sopena, héroe y mercenario que endereza entuertos y rescata vidas de viudas y niños desbarrancados.

Ahora: Quijada ya tiene el yelmo y la armadura, un caballo y un nombre compuesto de un significado propio. Sólo le falta un requisito para completar el personaje que él mismo ha creado como producto de los libros de caballería: una mujer. "Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse;

¹⁵ Ibid., p. 104-105.

porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma”¹⁶. Y entonces recurre a la imagen de Dulcinea del Toboso. De esta forma, los elementos despistemológicos de *El Quijote* quedan completos. El drama a seguir no va a estar condicionado por los gigantes, monstruos, encantadores o dragones que Don Quijote tendrá que vencer para rendirle presentes a su señora, sino la relación caótica entre los libros de caballería y el mundo supuestamente real, el que es producto de un *modus vivendi* clasificado como normal, de unas relaciones de poder o de unos sistemas de comercio y producción que van a generar un sentido o una valoración sobre las cosas. Don Quijote sale a recorrer el mundo, se convierte en un vagabundo cargado de principios e ideales, asumiendo una soberbia y una seriedad que apenas va a desatar la risa del coronista Cervantes. Don Quijote, en un soliloquio, se pregunta:

¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanca cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel”¹⁷.

Y efectivamente Don Quijote cuenta con la voz narrativa de un “sabio”. Después de todo, *El Quijote* es un libro que se escribe a medida que se va leyendo. El loco Quesada comienza con sus acciones y sus desvaríos y los

¹⁶ Ibid., p. 105

¹⁷ Ibid. p. 108

episodios de la *nouwella* aparecen en su trayecto, ya sea en la voz de Cervantes o de Cide Hamete Benengeli. Pero el asunto es que el coronista Cervantes no le va a seguir la corriente al ingenioso hidalgo. Todo lo contrario, en vez de hablar sobre la poderosa aurora, el despertar simbólico del famoso caballero, va a decir: “Y era la verdad que por él caminaba”¹⁸; pero obviando los detalles poéticos, viendo su primera salida desde la superficie de las cosas, estableciendo que su soliloquio no es más que pura palabrería, pura imitación absurda de los libros de caballería. Por lo tanto, ya se puede notar una pugna medio implícita entre Cervantes y Don Quijote. Para Don Quijote su primera salida está cargada de profundidad y trascendencia. Su introducción al mundo de la caballería andante es un drama, una vida llena de significado y heroísmo; pero, para Cervantes, el drama de Don Quijote (en el sentido teatral del término) no es más que la expresión de la necesidad de un viejo loco retorcido por su propia melancolía y absorbido por los libros de caballería. De hecho, Cervantes pone en duda los sentimientos mismos que Don Quijote siente hacia Dulcinea del Toboso:

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:
-¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afinamiento de mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plégaos, señora, de membraros desde vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece¹⁹.

Hasta en lo formal, Don Quijote se expresa como todo un caballero del siglo XII. Es anacrónico para su propio siglo (XVII); pero, para la trama que está creando o, mejor aún, reelaborando (y hasta deconstruyendo), sigue todo al pie de la letra. Es un personaje que se contextualiza a sí mismo. Es un conocedor del mundo de la caballería y sabe, al menos en un sentido teórico, cómo hacerla real. No obstante, el coronista Cervantes ofrece otra

¹⁸ Ibid in sit.

¹⁹ Ibid., p. 109.

perspectiva. Tanto él, como Don Quijote, son despistemólogos, personajes laberínticos que crean un sentido confuso y trasgresor de las cosas. Cada cual lo hace a su manera: Don Quijote con toda la seriedad del caso y Cervantes desde la risa. Por eso Cervantes, desde su condición de espectador y coronista de las andanzas de Don Quijote, no demora en abusar de su voz narrativa: es el primer personaje que se burla maliciosamente de Don Quijote. Se anticipa a los personajes de la venta y a todos los seres carnavalescos y grotescos que se divierten con su locura. Luego de que Don Quijote ha expresado sus sentimientos hacia Dulcinea con toda la poética que conoce, Cervantes dice: “Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera”²⁰. Porque, definitivamente, para Cervantes, Don Quijote tiene los sesos completamente refritos. Mientras el pobre loco asegura que el mundo está amparado por una veloz y refrescante aurora, el coronista aparentemente lúcido habla de un clima caluroso, sofocante, apenas para hervir el cuerpo de un hombre vestido con una armadura. De ahí que se pueda asegurar que Don Quijote comienza a alucinar desde el primer día de sus aventuras. Su locura cobra consistencia y se convierte en un hecho cuando se encuentra con el mundo externo, cuando sale de la oscuridad de su hacienda donde todo era literatura y ficción. Ahora viene la gesta, la aventura, la historia tergiversada por múltiples *obstáculos epistemológicos* o voces narrativas. ¿Quiénes hablan? Pues Cervantes, Cide Hamete Benengeli y los demás historiadores anónimos. Por eso, valdría la pena formular la siguiente pregunta: ¿Cómo sería la versión de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* narrada por el mismo Quijote? ¿Quién se atrevería a contar la historia desde la perspectiva del caballero de la triste figura?

Cervantes, como coronista inmerso en una discusión respecto a las aventuras de Don Quijote, asegura que la primera sucedió en una venta. “Autores hay

²⁰ Ibid., in sit.

que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, [...] vio, no lejos del camino por donde iba, una venta"²¹. Aquí Cervantes ya advierte cuál es una de las fuentes de su verdadera historia. No sólo está el texto de Cide Hamete Benengeli, sino los archivos de la Mancha, lo cual quiere decir que Don Quijote fue, ante todo, un acontecimiento. Y a lo mejor los personajes de la venta pueden dar un testimonio muy interesante respecto a él: un viejo loco, con una armadura antigua y un yelmo hecho con las uñas, llegó montado sobre un rocín desnutrido y nada diferente a su dueño. Iba desvariando. Y terminó siendo un suceso extraordinario por todos los disparates que realizó. El coronista Cervantes lo explica de la siguiente manera:

[...] como nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos los adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. [...] En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos –que, sin perdón, así se llaman– tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía la señal de su venida...²²

²¹ Ibid. in sit.

²² Ibid., p. 109-110.

La clave de este fenómeno despistemológico está en la reiteración del término *representación*. Don Quijote adapta un escenario en el mundo para la representación de su papel de caballero andante. El texto escrito es adaptado en una venta, la que termina asumiendo la forma de un castillo. Dos lugares totalmente opuestos desde una perspectiva convencional; pero en la mente de Don Quijote son conciliados. La venta simplemente desaparece, carece de una geografía concreta aunque el coronista Cervantes advierta lo contrario. Se puede, desde una lente quijotesca, ser testigo de un enorme castillo, decorado con toda la pomposidad de una leyenda. Los libros de caballería de Don Quijote no se quedan reservados en unas páginas cerradas: en este caso se conciben como una experiencia de mundo, algo con el poder de una epifanía palpitando en la piel. Cervantes lo podrá ver como simple locura; otro coronista dirá que es la disposición del mundo para ser adaptado como un escenario de historias legendarias. A fin de cuentas, Don Quijote, como buen lector, como rata papiróvora, realiza una lectura del mundo desde los libros de caballería. La venta, los molinos de viento, el polvo levantado por un rebaño de ovejas que corre en el campo, las mujeres de partido o vagabundas feas cejjuntas con los sobacos peludos, son textos susceptibles de ser leídos e interpretados. A partir de la rigurosa *eiségesis* que Don Quijote conserva y aplica de los libros de caballería, llega a una *exégesis* catastrófica del mundo. Por eso, desde su perspectiva, el mundo es un texto mal escrito, lleno de imperfecciones, de renglones torcidos, producto de un encantamiento que ha alterado el sentido de las cosas. Sucede en la aventura de los molinos de viento. Don Quijote, que ahora va con Sancho, se encuentra con “treinta o cuarenta molinos de viento”²³. De inmediato concibe un número igual de gigantes. Su temperamento colérico se satisface con la posibilidad de una aventura: matar a los “desaforados gigantes [...] con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; [pues] es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra”. Y entonces, más adelante, Don Quijote le da “de espuelas a su caballo Rocinante”²⁴ y emprende el ataque. Ya cuando iba a matar al primer molino-

²³ Ibid., p. 154.

²⁴ Ibid., p. 155.

gigante, el aspa destroza la lanza y levanta a Rocinante con su caballero, quienes terminan rodando por el campo. Por el golpe, Don Quijote termina admitiendo que los gigantes, en definitiva, eran molinos de viento (tal como se lo había advertido Sancho Panza), y frente a este fenómeno de representación, se apoya en los mismos libros de caballería para explicar porqué los gigantes han mutado en molinos (y viceversa):

[...] las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuando más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada²⁵.

Así que Frestón vendría a ser otro factor *despistemológico* dentro de la *nouvella*. Es él quien tiene el poder de conciliar el mundo real con el de los libros de caballería y generar, por lo tanto, una ruptura de la forma más abrupta. Gracias a este personaje, y a otras condiciones que dentro de una racionalidad ilustrada se enmarcarían como fenómenos sobrenaturales o propiamente supersticiosos (duendes, brujas y hechiceros), Don Quijote puede lidiar con un elemento angustiante: comprobar que los libros de caballerías son textos apócrifos, completamente ficticios. Se trata de una clave que fundamenta el sentido tragicómico de su historia. Para Cervantes, estos libros no son más que meras ficciones. Es un intérprete de Don Quijote que cobra una notable distancia y puede darse el lujo de reírse de él. Pero ¿qué piensa y siente Don Quijote? Después de todo, el ingenioso hidalgo es quien recibe los golpes, es quien carga las heridas, padece cuando el mundo real lo deja maltrecho frente a un espacio y tiempo que le es ajeno y, a parte de todo, tiene que estar rodeado de la risa de los demás personajes. De ahí que Don Quijote opte por una salida de transvaloración: el mundo está mal cuando no se ajusta a lo que está escrito. Pareciera que sufre una enfermedad

²⁵ Ibid., p. 156.

propiamente filosófica, la del hombre teórico, aquel que se encierra melancólicamente en los principios *a priori*. ¿Cómo llamarla? Tal vez el *síndrome deductivo*. Por eso la búsqueda de Don Quijote va más allá del mundo que pisa. Se trata de ir a lo que está escrito en los libros de caballería. Y al respecto dice Michel Foucault:

Todo su camino es una búsqueda de similitudes: las más mínimas analogías son solicitadas como signos adormecidos que deben ser despertados para que empiecen a hablar de nuevo. Los rebaños, los sirvientes, las posadas se convierten de nuevo en el lenguaje de los libros en la medida imperceptible en que se asemejan a los castillos, a las damas, a los ejércitos. Semejanza siempre frustrada que transforma la prueba buscada en burla y deja indefinidamente vacía la palabra de los libros. Pero la no similitud misma tiene un modelo que imita servilmente: lo encuentra en las metamorfosis de los magos²⁶.

Aquí Foucault habla sobre la palabra vacía de los libros de caballería. El caso es que Don Quijote establece las analogías a partir de una lectura previa que condiciona su noción del mundo, sea en un sentido ideal o demencial. Y al no encontrar correspondencia, se basa en otra que establece otro tipo de representación: el efecto de un encantamiento. El nigromante Frestón termina siendo un experto en apariencias, hace del mundo un laberinto que confirma la condición mágica de la trama quijotesca. Por Frestón, los castillos se convierten en posaderas, retira lo ilusorio o el espectro para imponer otro tipo de escenario, otro tipo de montaje que cambie el sentido de la obra representada, aunque no siguiendo el meticuloso proceso de una metamorfosis, sino a partir de un cambio repentino, sea un golpe bien dado o una caída al barrigazo, tal como sucede en la aventura de los molinos de viento. Es apenas obvio, respecto a la palabra vacía de los libros, que las posaderas no son castillos, sobre todo si se parte de una perspectiva terrenal. Sin embargo, Don Quijote percibe que todo es producto

²⁶ FOUCAULT, Michel. *Las Palabras y las Cosas*. México: Siglo Veintiuno, 1998. p. 54.

de una transformación o un encantamiento. Y aunque se insista en que hay un fundamento elemental de la realidad que señala una palabra vacía en los libros, Don Quijote sigue siendo un efecto perceptible de las historias de caballería. Él mismo es un acontecimiento: sus ridículas hazañas pasan de boca en boca, se convierten en rumores, en palabras nada vacías que llenan los archivos de los anales de la Mancha. Así que sería un tanto problemático establecer una legitimidad única de Cervantes como autor de esta historia. Su sentido laberíntico llega mucho más lejos. Los lectores (como los duques que aparecen en el segundo libro de *El Quijote*) pueden continuar con las representaciones de esta *nouvella*. Total, es un texto que se lee a sí mismo, que se encuentra con un segundo libro que produce el efecto de dos espejos puestos frente a frente: un repliegue por la mirada mutua y un despliegue por las imágenes que se extienden hasta el infinito, un caso extremo de metaliteratura que involucra al mundo mismo. 